

Basada en
la serie de televisión

EXPEDIENTE X™

Creada por
Chris Carter

VIENTO DE SANGRE

"La verdad está ahí fuera"

CHARLES GRANT



En este nuevo misterio sin resolver, Mulder y Scully, los dos agentes de FBI destinados a la investigación de fenómenos paranormales, deben trasladarse a Nuevo México, donde varias personas han aparecido muertas en anómalas circunstancias. Todos los cadáveres se hallan despellejados y entre los restos se detectan pequeñas piedras y material vegetal.

Las sospechas apuntan a una reserva india que, por su situación tras unos montes conocidos como «Viento de Sangre», se encuentra prácticamente incomunicada del mundo.

El hermetismo de la comunidad india supondrá un obstáculo casi insalvable.

Para Kathryn Ptacek.

Agradecimientos

Mi agradecimiento y estima a las personas que han tenido que escucharme, orientarme y aguantarme durante los últimos meses:

A Caitlin Blesdell, quien, por razones que sólo ella conoce, soporta todas mis llamadas y nunca me ha dicho que deje de darle la paliza y me dedique a mis asuntos.

Al doctor Steve Nesheim, por los detalles maravillosamente horripilantes y por todas las posibilidades que entrañaron.

A Wendy Webb, enfermera, jefa de redacción, por recoger esos detalles y lograr que parecieran interesantes.

A Geoffrey Marsh, por haber tenido la amabilidad de prestarme a los indios konochinos para mis propios y dudosos propósitos.

A la Conspiración Jersey, como siempre, porque me proveyeron de más cadáveres de los que esta vez podía llegar a utilizar, además de un borracho.

Y a Robert E. Vardeman, quien nunca deja de recordarme lo bueno que es tener amigos en lugares lejanos.

1

Hacía un sol de justicia y el viento soplaba incesantemente. Annie Hatch se hallaba a solas en el porche de su casa, acariciándose distraídamente el abdomen mientras resolvía qué hacer. El sol del mediodía la obligaba a entornar los ojos y la temperatura rozaba ya los 33 grados.

Sintiendo el viento que barría el desértico altiplano desató por primera vez en mucho tiempo estar de nuevo en California.

El viento ululaba suavemente entre los matorrales y le susurraba algo al oído.

«Aunque quizá —pensó—, sólo oyes cosas porque eres una vieja chiflada».

Tras una fugaz sonrisa y un corto suspiro, tomó aire lenta y profundamente, absorbiendo el calor, el olor a pino y, tan leve que bien podría estar sólo en su imaginación, un tenue aroma de enebro.

Viento o no, voces o no, aquello era en definitiva mucho mejor que Hollywood.

Fue allí donde Burt y ella amasaron su fortuna hacía ya tantos años que quizá fuera un sueño; allí donde por fin se habían establecido, y eso sí que no era un sueño.

La melancolía la obligó a cerrar los ojos un instante. La viudedad no estaba siendo fácil, ni siquiera después de quince años. Con demasiada frecuencia tenía la impresión de oírlo volver del establo que habían construido detrás de la casa o silbar una canción mientras manipulaba el generador, o de sentir su aliento en la nuca.

También eso era efecto del viento.

—Basta —masculló entre dientes, y caminó con impaciencia hasta el extremo del porche, se asomó por encima de la baranda de madera toscamente desbastada y miró hacia el establo. Dio dos silbidos agudos y fuertes y soltó una silenciosa risita al oír las blasfemias de Nando, quien de modo tan poco sutil le comunicaba que aún no había terminado de ensillar a *Diamante* y que si pretendía que acabase pisoteado por el animal.

Instantes después lo vio aparecer en el vano de la puerta, con las manos apoyadas en la cintura, mirándola con expresión de enfado bajo la sombra de su desgastado Stetson.

Ella lo saludó con un alegre gesto de bienvenida al que él respondió con un disgustado manotazo al aire antes de desaparecer de nuevo.

—¡Qué mala eres! —dijo una voz suave a sus espaldas.

Annie se volvió riéndose.

—A él le encanta, Sil, y tú lo sabes.

Silvia Quintodo le dirigió una mirada de escepticismo que mantuvo todo el tiempo que pudo. A continuación le sonrió, meneando la cabeza como quien se enfrenta con una niña demasiado angelical para merecer castigo alguno. Era una mujer oronda de rostro y figura, de piel casi cobriza y ojos grandes del color de una noche estrellada; tenía el pelo negro y liso y lo llevaba siempre atado en una cola que le colgaba a la espalda. Aquél, como todos los días, lucía un vestido blanco y sencillo que la cubría hasta un palmo por debajo de las rodillas, y botas de piel y color de venado.

—Otra vez mirando así —dijo con tono de blanda repri-menda.

Annie parpadeó.

—¿De verdad? Lo siento. Estaba distraída. —Bajó la mirada hacia los tablones del suelo, deteriorados por la intemperie—. Supongo que hoy siento la edad que tengo.

Silvia entornó los ojos como quien dice: «No, por favor, otra vez no», y entró de nuevo en la casa para preparar el almuerzo un poco antes que otros días.

Annie le agradeció sin palabras que no alimentara su autocompasión. A decir verdad, sabía que no estaba tan mal para ser una señora de sesenta y un años. La angostura del rostro acentuaba el verde de los ojos y la oscuridad de unos labios moderadamente gruesos; las arrugas se debían más al sol que a la edad. Tenía el cabello discretamente cano, corto y peinado hacia atrás por encima de las orejas. Práctico y sin embargo encantador. Y su figura era estilizada hasta un punto que, pese a su edad hacía volver más de una cabeza cada vez que conducía hasta la ciudad o a Santa Fe. Y eso era un bálsamo para su ego.

«Increíble —pensó—. Es peor de lo que imaginaba».

Tenía uno de esos días que se le metían adentro de vez en cuando, días en los que Burt le hacía tanta falta que la añoranza le quemaba. Nunca sucedía por algo en particular, por algún detalle que desatara los recuerdos. Sucedió y punto. Como hoy. Y el único remedio era montar a *Diamante*, no olvidar la cantimplora y cabalgar hacia el desierto.

Y tal vez, si reunía el coraje suficiente, llegar hasta la Mesa.

«Seguro —pensó—, y mañana cuando me despierte encontraré a Burt tendido a mi lado».

La sobresaltó un resoplido a su espalda.

Se volvió con rapidez justo cuando *Diamante* adelantaba la cabeza por encima de la baranda, de modo que le dio con el morro en el estómago y la empujó un paso hacia atrás.

—¡Oye, tú! —Exclamó con tono de risueña amonestación—. ¡A ver si te quedas quieto, burro!

Diamante estaba ya ensillado y embridado. Era un caballo negro de poca alzada con una mancha en la frente que sugería la forma de un diamante. Nando estaba a su lado,

sonriente, una mano apoyada en la grupa del animal y el manchado sombrero marrón echado hacia atrás.

—Te está bien empleado —comentó cariñosamente. De no ser por las mechas grises que le poblaban la cabeza y la nariz, ancha y ordinaria, rota en demasiadas ocasiones como para que se le considerase apuesto, parecería el gemelo de Silvia, en lugar de su marido. Los que no lo conocían lo tomaban por boxeador o marine retirado, por cualquier cosa antes que por el capataz de un rancho ganadero en declive.

Annie hizo como si no hubiera reparado en su desplante. Se ajustó el sombrero de paja, se ató la cinta bajo la barbilla y saltó por encima de la baranda con agilidad. A continuación asió las riendas y se sentó en la silla con un suave balanceo. Sólo entonces se dignó a mirar al capataz.

—No está mal para una anciana, ¿eh?

—El día que sea usted una anciana, *señora*^[1] —replicó Nando solemnemente—, yo dejaré de palear mierda de caballo para ganarme la vida y me iré a vender turquesas falsas a los turistas de Santa Fe.

Diamante agitó la crin con impaciencia. Una corriente de aire caliente les hizo volver la mirada, pero no sin que la mujer alcanzara a ver la expresión de Nando. Cuando éste volvió a mirarla lo hizo con expresión sombría.

—Está hablando.

—Yo no sabría decirlo.

Nando meneó la cabeza lentamente, no del todo triste.

—Sí que sabría. Usted siempre lo sabe.

Annie asió las riendas con gesto de irritación.

—Yo de eso no sé nada, Nando. —Estaba a punto de espolear a *Diamante* cuando Nando le dio una palmadita en la pierna—. ¿Qué pasa ahora?

Nando se llevó la mano a los bolsillos traseros del pantalón y sacó una cantimplora. Sonreía de nuevo.

—Donde no hay lluvia no hay agua —dijo, y metió el envase en las alforjas.

Annie se lo agradeció con un gesto seco de la cabeza y guio a *Diamante* por el jardín lateral hasta una abertura en la cerca de tablas que había pintado de blanco el año anterior. Una vez estuvo al otro lado de la cerca, continuó bordeándola hasta llegar al frente de la propiedad, observando el césped del jardín vallado. Todo se secaba. Todo.

Pese al sistema de riego subterráneo extraordinariamente caro, que su difunto esposo había instalado con sus propias manos y conectado a uno de los profundos pozos del rancho, era raro que la hierba sobreviviera intacta todo el verano. Con todo, pensó mientras dejaba la finca atrás, ineficaz o no, era mejor que nada. Al menos el césped era verde y estaba vivo.

—¡Ya está bien! —le espetó a la sombra que cabalgaba a su lado—. Ya basta, Annie. Ya basta —repitió. La mano derecha sostenía débilmente las riendas, la izquierda descansaba en el muslo y temblaba.

No le hizo caso, y se concentró en el paisaje ondulante que se extendía ante sus ojos, buscando sistemáticamente los daños que el viento o las inundaciones habían infligido en los angostos puentes de madera que Burt y Nando habían construido sobre los diversos arroyos que surcaban serpenteantes las mil seiscientas hectáreas. Annie miraba una y otra vez a la derecha, hacia la parda colina que ocultaba el sol cada mañana. Como la raíz nudosa de un árbol añoso y distante, la colina flanqueaba la carretera recién asfaltada que conducía por el este a la interestatal, y por el oeste a la Mesa. A la reserva. Desde donde estaba no podía verla.

La colina interceptaba la carretera a un kilómetro de allí; en ese lugar era alta y se hallaba cubierta de arbustos espinosos y matas de hierba filosa y cortante; todavía allí la jalaban grandes piedras pardas y pedruscos semienterrados. Era como una tapia que dejase fuera el resto del mundo, o que mantuviese a los konochinos encerrados. Sin em-

bargo, había quienes no la encontraban lo bastante alta ni fuerte.

Habían salido de allí para ver qué aspecto tenía el mundo exterior, para descubrir qué ofrecía el mundo aparte de una vida en una reserva. Para ella había consistido en Burt y una breve pero lucrativa carrera en Hollywood; para otros, desgraciadamente, sólo prejuicios y dolor y, en última instancia, una tumba demasiado lejos de casa.

Diamante hizo un abrupto corcoveo para obligarla a prestar atención, a buscar en el suelo señales de serpientes de cascabel. A esa hora ya debían de estar por ahí —el sol estaba alto y calentaba lo suficiente— y podían encontrarse enroscadas y acechantes bajo cualquier piedra.

Pero no halló ninguna, y se extrañó de que el caballo diera saltos y caracoleos para indicarle que no le entusiasmaba la idea de acercarse al flanco de la colina que daba a los terrenos del rancho. Fue entonces cuando vio los buitres. Eran cinco y sobrevolaban en círculo la carretera de doble carril. Annie soltó una maldición y espoleó al caballo para llevarlo en esa dirección. Apenas le quedaba ganado; habían vendido casi todas las reses poco después de la muerte de Burt y desde entonces rara vez decidía reponer las cabezas que iban perdiendo. De vez en cuando alguna lograba cruzar la cerca de espinos que delimitaba sus pastizales, resbalaba y caía al fondo de una quebrada; en ocasiones la mataba una serpiente; y otras veces sencillamente no encontraba agua ni alimento y, dándolo todo por perdido, se echaban a morir.

Annie vio una furgoneta aparcada en el arcén junto al extremo más apartado de la cerca que se extendía en paralelo al asfalto. El aire recalentado sobre el pavimento producía ondulaciones fantasmales que distorsionaban la figura del vehículo.

—¿A ti qué te parece? —preguntó a *Diamante*—. ¿Serán turistas?

El desierto que se abría más allá de Sierra Sandía era hermoso a su modo duro y desolado; los destellos de color tanto más bellos cuanto más raros. Su belleza constituía también una trampa. No era raro que algún turista desaprensivo aparcara a un lado de la carretera para caminar un poco o para estirar las piernas y admirar el paisaje; tampoco era infrecuente que el calor y las engañosas distancias se aliaran para extraviarlo. Si al principio podía ver todo cuanto lo rodeaba, un instante después podía encontrarse solo. A veces le era imposible regresar.

Al cabo de unos veinte metros *Diamante* se detuvo en seco.

—¡Venga! —dijo Annie—. ¡Camina, hombre! ¡No seas idiota!

El caballo sacudió la cabeza con violencia y trató de morderle la bota, señal de que no estaba dispuesto a dar un paso más. Annie echó una mirada de furiosa impotencia a la cabeza del animal, que retorció agitadamente las orejas. De nada serviría tratar de obligarlo a avanzar. Era tan testarudo como ella, y encima mucho más fuerte.

—Está claro que no hay nada que hacer —dijo malhumorada mientras se apeaba de la silla—. ¡Idiota!

Sacudiéndose el polvo de las manos en los tejanos se aproximó a la furgoneta, al tiempo que miraba hacia los lados por si veía que había sido lo bastante estúpido para alejarse de ella.

No había recorrido ni diez metros cuando oyó el zumbido de las moscas. Se le contrajo el estómago en una reacción anticipada a lo que podrían ver sus ojos si seguía acercándose, pero no se detuvo. Miró la cerca y no encontró alambres cortados ni estacas arrancadas. La furgoneta, de color verde oscuro, estaba salpicada de barro.

—¿Hola? —dijo en voz alta, por si acaso.

Las moscas sonaban como abejas. El viento la empujó por la espalda. Sorteó un enebro extendido y se llevó la mano izquierda al estómago.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Jesús, Jesús!

No se trataba de una res extraviada. Eran dos y yacían boca abajo, piernas y brazos abiertos, plegados de forma antinatural. Las moscas se arremolinaban en masas ondulantes, negras y espesas, alzándose en el aire para bajar otra vez con violencia. A un par de metros un gallinazo miraba, abriendo y cerrando las alas lentamente. Dio un picotazo al aire. Una vez.

Annie giró sobre sus talones y se inclinó hacia adelante, con los ojos cerrados y el estómago contraído por los retortijones, tragando saliva para frenar el vómito. Eran cuerpos humanos, lo supo por la forma.

A pesar de las moscas, a pesar del sol, estaba claro que habían sido desollados.

2

Hacía un sol de justicia, y no soplaba una pizca de viento.

En la capital del país los coches avanzaban a trompicones ruidosamente, y los escasos peatones caminaban con la mirada fija en el suelo, rogándole al cielo que funcionase el aire acondicionado en el próximo edificio en que entraran: en la prolongada ola de calor de aquel mes de julio eso no siempre sucedía.

La irascibilidad había subido como la espuma; el índice de crímenes pasionales aumentaba, y rara vez se echaba la culpa al clima por el ambiente de inquietud reinante.

El despacho, que ocupaba parte del sótano del edificio J. Edgar Hoover, era, al decir de algunos, un monumento vivo a la lucha del orden contra el caos. Era largo, no demasiado estrecho, y estaba dividido por la mitad por una mampara de cristal que se alzaba hasta el techo y de la que hacía tiempo que se había quitado la puerta. Las paredes estaban cubiertas de anuncios y carteles, y no había superficie horizontal que no estuviese sepultada bajo libros, carpetas y pilas de papeles. La luz era escasa sin llegar a ser fúnebre y, como de costumbre, el funcionamiento del aire acondicionado dejaba mucho que desear.

En la sala del fondo dos hombres y una mujer examinaban el contenido de una serie de carpetas señaladas con etiqueta roja. Abiertas sobre un estante bajo, cada una de ellas revelaba una foto en blanco y negro de un cadáver

desnudo que yacía en medio de lo que parecía ser el suelo embaldosado de un cuarto de baño.

—Te juro que esto nos está volviendo locos —aseguró el primer hombre con tono apesadumbrado. Era alto, fornido y pelirrojo. Llevaba un traje marrón demasiado ceñido para que se sintiera cómodo; se había bajado el nudo de la corbata y abierto el botón del cuello de la camisa, únicas concesiones que se había permitido para combatir el calor y la inmovilidad del aire. Se pasó la mano por la bronceada mejilla y se secó la palma en el pantalón—. Sé que eso es una firma, pero soy incapaz de leerla.

—Pues ponte las gafas, Stan —dijo la mujer. Era casi de su estatura, de rostro ovalado y plano, casi blando; labios estrechos y ojos pequeños bajo cejas oscuras. A diferencia de la ropa de su compañero, su traje de lino color crema parecía hecho a medida—. Eso no es una firma, sólo son cortes de cuchillo. A ver si te enteras, porque eres tú el que nos está volviendo locos.

Stan Bournell cerró los ojos un instante, como si rezara. No dijo nada.

—Lo que importa es el cuarto de baño —siguió ella con tono aburrido. El otro hombre entendió claramente que era la centésima vez que ella se hacía esa reflexión. La mujer sacó un pañuelo de papel de un bolsillo y se lo aplicó a los labios—. Es más fácil de limpiar, y demasiado pequeño para que la víctima pueda esconderse o echar a correr, y...

—Beth, Beth —dijo Bournell cansinamente—. Eso ya lo sé. Yo también tengo ojos en la cara, ¿sabes?

El segundo hombre se hallaba de pie entre los dos, con las manos apoyadas holgadamente en las caderas. Había dejado la chaqueta doblada junto a su corbata sobre el respaldo de una silla en la sala de al lado, y llevaba la camisa arremangada. No tenía arrugas y su edad podría ser cualquiera entre veinte y muchos y treinta y pocos, según la generosidad de quien lo calculara. En aquel momento, él tenía la impresión de sobrepasar los cincuenta años.

La discusión había empezado desde el instante en que los dos agentes entraron en el despacho como una tromba y abrieron las carpetas.

El hombre se alejó de sus compañeros un paso para acercarse al anaquel. Ambos tenían razón. Había leído los expedientes unos días atrás a petición del jefe de su sección, pero no dijo nada al respecto a los agentes; éstos ya estaban bastante irritados. Aspiró aire y se pasó un dedo por la nariz pensativamente.

Las cinco víctimas —al menos las cinco de las que el FBI tenía conocimiento— habían sido inicialmente agredidas en otras dependencias de sus respectivas casas. Se trataba de casas, no de apartamentos; en urbanizaciones de la periferia urbana, no en las ciudades. Todas las señales acusaban la escasez o inexistencia de señales de lucha tras el primer ataque, lo cual indicaba un exceso de conocimiento por parte del agresor, o que jugaba con el factor sorpresa. Todas las víctimas habían sido inmovilizadas con cloroformo y arrastradas hacia otro lugar. Todas eran mujeres de veinte y pocos años, y todas habían sido asesinadas en sus cuartos de baño, estranguladas con lo que podía ser un cinturón de cuero o una tira de piel sin curtir; desnudas hasta la cintura, y heridas en los senos con una hoja de afeitar. Un corte en cada uno. Ninguna había sido violada.

Beth Neuhouse soltó un gemido y se acomodó la blusa.

—Por favor, ¿acaso no funciona el aire acondicionado en este lugar? ¿Cómo podéis trabajar aquí? Esto es una sauna.

Fox Mulder hizo un gesto de indiferencia y se llevó una mano a la cabeza. Volvió a examinar las fotos una por una con creciente rapidez, como si leyera.

—¿Y bien? —preguntó Bournell—. ¿Nos vas a enseñar uno de tus trucos de magia? ¿Nos darás un conejo que perseguir?

Mulder alzó la mano para pedir silencio. Sacó las fotos de sus carpetas y las puso en fila. Poco después intercambió los lugares de la segunda y la cuarta.